

LA vida entera de Cristo es un misterio que no puede ser encuadrado en esquemas humanos. Y podemos añadir que cada faceta de su vida participa del mismo privilegio divino: está rodeada del misterio y hay que acercarse a ella con los ojos de la fe. Es el único instrumento con que contamos para abrirnos paso hasta el misterio de Dios.

Bienaventurados los pobres

No voy a hacer una exégesis de estas palabras del Señor (1). Sabemos que son susceptibles de diversas interpretaciones, más o menos en consonancia con el mensaje total del Evangelio (2). Es cierto que no son sinónimas pobreza evangélica y pobreza material; puede existir un rico que sea "pobre" según Cristo, y un pobre que no sea realmente "pobre" cristiano. Por esto creo oportuno definir en contornos precisos al "pobre" según Cristo.

Pobre es todo el que necesita algo y no puede conseguirlo por sus propias fuerzas. Es pobre el niño, dependiente en todo de su madre; también es pobre el enfermo o el inválido, aunque tenga grandes recursos económicos, si no puede conseguir con ellos la salud. Es pobre el obrero que a duras penas gana el pan diario de su hogar y el empre-

sario para quien no marchan bien los negocios. Es pobre el labrador que espera pacientemente la lluvia o el sol para sus campos...

Pero es preciso añadir que no hemos agotado la lista de los pobres. Estos viven en todas las esquinas, en los grandes salones y en las chozas inhumanas: la muchacha que ve pasar su juventud y su belleza sin llegar al matrimonio, los padres que han quedado sin hijos o que no han encontrado la felicidad conyugal, el que carece de la cultura indispensable para vivir como persona humana, los que esperan largas horas ante una ventanilla, sin poder exigir, dispuestos a volver mañana... Más aún: pobres somos todos los hombres delante de Dios; porque ante El no caben exigencias ni derechos.

Jesucristo ha unificado todo este inmenso ejército de indigentes bajo una palabra: *vosotros los pobres* (Lc 6,20), o como prefiere Mateo: *los pobres de espíritu* (5,3). Con esto no hace sino seguir la tradición del Antiguo Testamento (3). Sin duda que su elección no ha sido al azar; el pobre es el símbolo más apropiado de la indigencia; en él suelen ir unidas la pobreza material, la cultural, espiritual y social. Se encuentra en descampado ante el mundo, a merced del más fuerte o del más instruido. Podemos decir que aca-

E I D i o s d e

José Godoy, S. J.

para de forma intuitiva todas las carencias que pueden afectar al hombre.

Espiritualidad del pobre

Hemos visto el primer elemento del "pobre": su indigencia. Es necesaria una nueva medida de profundidad para que esta indigencia se convierta en pobreza cristiana; se trata de *reconocer* esa indigencia, y aceptar la propia situación de pobres.

Y aquí nos encontramos con que la verdadera pobreza de Cristo no puede entenderse sino de cara a Dios. Hay que empezar por aceptarnos como criaturas; es decir, "mendigos de Dios", según la frase vigorosa de San Agustín (4). Perpetuos y monótonos mendigos a las puertas de Dios, con las manos grasientas tendidas a su Bondad, gozosamente inermes y vacíos ante su Omnipotencia; el barro sobre el que trabaja el Alfarero, incapaz de gritar o de exigir nada (5).

La contrapartida de este hecho es muy clara, pero muy dolorosa. Hemos de renunciar a salir pidiendo por las plazas del mundo, mendigando un socorro que sólo puede venir de Dios, provocando un chantaje dudoso para conseguir una doble seguridad o protección. Es preciso permanecer firmes en los atrios del Señor con la certeza in-

sobornable de que sólo El puede socorrernos, porque ninguna criatura es capaz de soportar el peso de nuestra miseria. "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Jer 17,5). ¡Y hay tantas cosas en las que confía el hombre! Nos apoyamos en la riqueza, en la posición social, en la inteligencia o en la astucia. Los profetas fustigan a los israelitas, orgullosos de los carros de Egipto, ilusionados en alinearlos ante Dios como para un combate; pero son una "caña quebrada que se clava en la mano del que se apoya sobre ella" (6).

Nuestro deseo de seguridad es tan profundo que podemos buscarla hasta al abrigo de nuestras buenas obras, tranquilos y confiados en nuestro capital espiritual. Incluso llegamos a ilusionarnos, colocando ingenuamente a cuenta de Dios los intereses de nuestras pequeñas heroicidades. Es la eterna tentación del fariseo que sigue viviendo y laborando en el corazón de todo hombre.

Todas estas son formas de riqueza, apoyos humanos más o menos conscientes que esgrimimos contra Dios, ocultando, defendiendo o exigiendo. Y todas ellas están incluidas bajo los anatemas de Cristo contra los "ricos" (Lc 6,24), porque éstos son los que *confían* en su dinero (Mc 10,24) o en cualquier otra realidad creada (7).

los pobres

Y es que al hombre le resulta muy duro quedarse a la intemperie, abierto a los vientos y a la lluvia, esperando su apoyo de sólo Dios, el Dios de la fe, oscuro y lejano.

Este hecho nos hace comprender que el lindero entre pobres y ricos según el Evangelio no es fácilmente perceptible. Su línea divisoria recorre la misma intimidad de nuestro ser y la fracción sin piedad. Todos somos a la vez "ricos" y "pobres": confiamos en Dios y acudimos a El a medias, pero somos refractarios a entregarle nuestra confianza absoluta; conservamos siempre un reducto de nuestra intimidad, una secreta e inconfesada caja fuerte con los últimos valores.

Pero ya es suficiente el que lleguemos a barruntar que la pobreza cristiana no es una virtud anecdótica o fragmentaria a nuestras relaciones con Dios, sino una actitud espiritual que condiciona toda nuestra vida cristiana.

El padre de los pobres

Y aquí es donde se ensamblan de nuevo pobreza material y pobreza cristiana. Está más abierto a Dios y a su

confianza el que tiene cerradas las puertas humanas; le es más fácil esperar en Dios, puesto que no espera nada de los hombres. Y esta especie de necesidad vital lo deja indefenso en manos del Padre Dios. Toda su vida es un entrenamiento lento e inconsciente de lo que debe ser su actitud ante Dios: saber esperar, no exige nada, ceder el puesto... En resumen, "tener un alma de pobre" según traducen algunos la primera bienaventuranza (8).

Por otra parte, la misma carencia de bienes materiales casi le obliga a no hacer planes con ellos, a no contar con su protección, a tener que buscar otros caminos. Todo esto hace que de modo espontáneo su vida quede permeable a la acción de Dios, a la fe en su providencia paternal.

Y sin embargo, no se trata de una solución simplista; no es arrojarse a Dios por instinto de conservación, buscando en El la solución material de la indigencia. El salto de la fe es mucho más misterioso: Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis (Mt 6,32). El cristiano pobre es un testigo permanente de lo eterno; en la medida en que la pobreza va posesionando su vida, va rompiendo amarras con la existencia terrena para internarse en el limpio océano de Dios: vuestro es el Reino de los Cielos. Ya desde ahora empieza a participar de esa Herencia, porque tiene conciencia de la absoluta incomparabilidad entre esta tierra y el Reino. El pobre no espera del Padre la solución inmediata de su problema material; espera ante todo a Dios mismo, su Presencia y su Reino.

Lo demás también queda en manos de Dios. Pero el pobre renuncia a la búsqueda angustiada de los bienes terrenos, porque posee otro tesoro mayor. Este es el fundamento de su paz, de su serenidad y de su confianza en la

(1) Puede verla el lector en el Comentario a la Sagrada Escritura de la BAC, Madrid, 1961; pp. 57-59 y 634, con bibliografía sobre la materia.

(2) Cfr. J. DANIELOU, S. J., *Bienheureux les pauvres*: Etudes 288 (1956) 321-338, donde hace una visión de conjunto de las diversas interpretaciones sobre la primera bienaventuranza. En castellano existe desde hace poco una obrita, modelo de exégesis evangélica, en la que lo científico va expuesto al alcance de todos en un plano enteramente asequible: Fco. M.³ LOPEZ: *Perspectivas de las bienaventuranzas*. Madrid; CE. BI. HA.; 1962 Cfr. También J. M. MEDINA, S. J., *¿Tienen los ricos que hacerse pobres?* Proyección 3 (1954) 65-69.

(3) Cfr. A. GONZALEZ, Los «pobres» heredan: *CultBibl* 15 (1958) 162-77.

(4) Sermo 15 in Evang. Mt. Cfr E. ROCHE, S. J., *Le mendiant de Dieu*: *VieSpir* 91 (1954) 354-75.

(5) Cfr. Rom 9,21; Jer 18, 1-10.

(6) Is 36,6; cfr. 2,6-3,4.

(7) Le 18,9; Jer 49,4; Prov 11,28; 28,26...

(8) E. ROCHE, art cit. p. 354, con los autores que traducen del mismo modo.

vida. Y su misma presencia, su despego de las cosas terrenas está anunciando silenciosa y poderosamente que se acerca a nosotros el Reino de Dios.

El misterio continúa firme, impenetrable; pero el pobre ha aceptado ese Tesoro cierto y oscuro, a cambio de su indigencia en el mundo. Si es verdad que su dependencia de los hombres es con frecuencia humillante hasta la degradación, se da cuenta de que su dependencia de su Padre Dios no entraña una humillación sino una gloria.

Miseria y pobreza

Los Sumos Pontífices, siguiendo a Sto. Tomás, han repetido que el hombre necesita un mínimo de bienestar material para el ejercicio de la virtud (9). Y el autor de los Proverbios pide al Señor que lo libre igualmente de la riqueza que enorgullece y de la miseria que hace maldecir de Dios (10). Este hecho nos plantea un problema que es necesario meditar con humildad y valentía.

Existen en nuestro mundo millones de hombres agarrotados por la miseria, obsesionados por el hambre, incapaces de elevarse por encima del instinto puramente animal. Su miseria es tan aterradora que corre el peligro de "no poder convertirse en pobreza, es decir, en capacidad de salvación y bienaventuranza evangélica" (11).

No podemos decir que Cristo los haya llamado bienaventurados por ser po-

bres; con frecuencia el deseo es una forma de esclavitud mucho mayor que la posesión. Y los miserables están poseídos por el deseo de sus estómagos vacíos; ¿cómo van a comprender el valor de su pobreza?

Sin duda que el Señor se acercará a ellos por caminos misteriosos y desconocidos. Pero nosotros no podemos esperar a que salgan de su miseria para predicarles el Reino; es necesario buscar un sistema de penetración provisional, mientras continúan viviendo de forma infrahumana. Hay que hacerles ver de manera intuitiva el valor del Reino de los cielos sobre los bienes de la tierra que no poseen, pero cuyo deseo les obsesiona. Y pienso que el único lenguaje el más elocuente, al menos, es repetir el gesto de Cristo que siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos (2 Cor 8,9).

No se trata de actitudes espectaculares o de exaltaciones románticas, provocadas por el resentimiento. Ellos, sin saberlo, exigen algo mucho más profundo y más radical. Necesitan una perfecta y dolorosa encarnación en su mundo, en su falta de cultura y en su miseria. Una absoluta renuncia a nuestra riqueza cultural y social, un empobrecimiento que los enriquezca (12).

Entonces puede llegar hasta su vida la visión experimental de otro mundo y de otros bienes; si hay hombres que son capaces de renunciar a toda riqueza humana —la única aspiración posible de estos infradotados —es que existe otra riqueza misteriosa, impalpable, pero realísima: la Riqueza del Reino de Dios.

Es el único camino que están capacitados para comprender.

(9) JUAN XXIII: *Mater et Magistra*, donde cita a Santo Tomás. (Comentarios a la *Mater et Magistra*; Madrid, BAC, 1962; n. 20).

(10) Prov. 30, 8-9. Cfr A. LEFEVRE, S. J. *La pauvreté chrétienne*: *Christus* 6 (1956) 453-55.

(11) L. MANOT, *Misère et Pauvreté*: *Vie-Spir* 91 (1954) 383. Recomiendo al lector que lea el artículo entero, para introducirse algo en este mundo de la miseria tan desconocido para nosotros.

(12) Cfr. J. M. DIEZ ALEGRIA, S. J., *Aspecto social del voto de pobreza*: *Religión y Cultura*, abril 1961.